



NECESITAMOS PROFUNDAS REFORMAS”: MONS. CELESTINO AÓS, NUEVO ADMINISTRADOR DE LA ARQUIDIÓCESIS DE SANTIAGO DE CHILE



Así lo afirmó al asumir este domingo 24 como Administrador Apostólico de la arquidiócesis de Santiago de Chile, Monseñor Celestino Aós Braco, O.F.M. Cap., acompañados de los Cardenales Ricardo Ezzati y Jorge Medina, el Nuncio Apostólico, monseñor Ivo Scapolo, el Obispo auxiliar, monseñor Cristián Roncagliolo, sacerdotes, diáconos permanentes y de feligreses que acudieron a recibir al nuevo pastor.

El cardenal Ezzati, después de darle la bienvenida al nuevo Administrador Apostólico, quiso dar gracias a Dios por su vocación a la vida religiosa y el ejercicio de su labor pastoral en Chile. El cardenal Ezzati, además, dio gracias a todos los que lo acompañaron en este ministerio, particularmente en la arquidiócesis santiagueña. Al mismo tiempo invocó de parte de Dios "con clara conciencia el perdón humilde por las debilidades, las flaquezas propias del ministerio", "confiado en la misericordia de Dios. Creo profundamente en la verdad y creo profundamente en la justicia". Tras ello, el cardenal llamó a seguir a Jesús el Señor y su Evangelio.

Por su parte, en su homilía Monseñor Aós agradeció a todos los obispos, sacerdotes y diáconos de esta Iglesia particular de Santiago. "Como Moisés supieron de horas de luz y de horas de cruz. Solo Dios conoce toda su generosidad y dedicación, todos sus esfuerzos y trabajos".

No bastan maquillajes

Al mismo tiempo expresó: "Sé que juntos nos ocuparemos de los que sufren en las cárceles y en los hospitales, porque están cesantes o en trabajos indignamente remunerados; por los emigrantes, por los estudiantes a quienes no se les da una formación y una educación valórica, humana y cristiana. De un modo especial atenderemos y serviremos a los que sufren el atropello a su dignidad de persona, resultado de los abusos y delitos absolutamente injustificables y absolutamente intolerables por parte de clérigos. No bastan retoques de maquillaje. Necesitamos reformas y cambios profundos. Cambios que parten del corazón de cada uno de nosotros, que tiene que buscar la verdad y la justicia para ser cada día más misericordiosos. Los cuidados y respetos que nos damos unos a otros harán que podamos florecer y dar frutos. El maltrato y el abuso siempre lesionan, disminuyen la vitalidad e impiden que las personas florezcan y den frutos tal como Jesús quiere".

Las cosas por su nombre

Afirmó también monseñor Celestino Aós que "la promesa de la Tierra Prometida está delante y no atrás. Una promesa de ayer, pero para mañana. Para avanzar pedimos a Dios que nos dé la valentía de llamar a las cosas por su nombre; la valentía de pedir perdón y la capacidad de aprender a escuchar lo que Él nos está diciendo. Que nos conceda la sabiduría para no tomar a los que se nos oponen como enemigos, sino aceptar con serenidad las críticas y las contradicciones."

Después, el Administrador Apostólico de Santiago afirmó que lo que sostiene a los pastores es que "fuimos tratados con misericordia. De ahí la invitación a no esconder nuestras propias llagas, a no ser autorreferenciales no juzgarnos superiores. El Espíritu Santo y la Virgen María nos ayudarán a encontrar en nuestras heridas y en nuestras llagas los signos de la resurrección de Jesucristo". El pastor terminó su homilía recitando la Oración de san Francisco de Asís "Señor, haz de mí un instrumento de tu paz...

Al término de la eucaristía, la nueva canciller (primera laica y abogada en ser nombrada en ese puesto), María Francisca San Martín, leyó los primeros decretos del Administrador Apostólico, en los que nombra vicario general y vicarios episcopales y delegados.

A continuación transcribimos la homilía completa de Monseñor Aós en la catedral de Santiago de Chile:

"Dios de las sorpresas, Dios de las maravillas dice la Virgen María, el Dios que sorprendió a Moisés mismo y luego a los israelitas sabiendo que a través de él iba a liberarlos de la esclavitud de Egipto, ha ido alargando la lista de los que fueron llamados como pastores a esta Iglesia de Santiago. En la persona de monseñor Ricardo Ezzati agradezco a todos los pastores, obispos, sacerdotes y diáconos de esta Iglesia particular de Santiago que como Moisés supieron de horas de luz y de horas de cruz.

Dios, sólo Dios conoce toda su generosidad y dedicación, todos sus esfuerzos y trabajos. Ninguna comunidad puede olvidar a sus pastores y padres en la fe que Jesucristo le asignó. Así como lo sostuvieron las oraciones de los fieles, cuente, señor cardenal, con nuestra amistad y nuestras oraciones y siga usted poniéndonos bajo la protección maternal de María Auxiliadora.

En particular le pido a usted y les pido también a todos ustedes, queridas hermanas y hermanos, que recen por mí para que yo pueda ir conociendo a esta Iglesia, la vaya amando con sus virtudes y cualidades y con sus deficiencias y pecados y para que pueda servirla caminando con todos buscando y discerniendo la voluntad de Dios. Agradezco al Santo Padre, Papa Francisco, que en estos momentos y circunstancias, conociendo mi pequeñez y limitaciones, ha considerado que debía sumar mi colaboración a su tarea por el bien de esta Iglesia de Santiago y de Chile.

A ninguno de ustedes se les oculta que es un servicio de exigencia y de cruz, recen por el Papa como él mismo suele pedirlo y recen, recen mucho por mí. Agradezco las enseñanzas y orientaciones que el Papa nos dejó en su visita a Chile y en la carta que nos escribió posteriormente. En horas de turbulencia, desconcierto y turbación, cuando los Apóstoles sienten la ausencia de Jesús, somos llamados a confiar nuestro: "Aquí estoy para hacer tu voluntad", y somos llamados a no quedarnos rumiando la desolación, a no caer en la duda, el miedo y desconfianza, somos llamados a pasar de una Iglesia de abatidos, desolados, a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado.

Agradezco a tantos sacerdotes, diáconos, religiosas y religiosos que viven su consagración y realizan sus misiones con generosidad y sacrificio, con serenidad y alegría, con lealtad y respeto a los hermanos. Agradezco a tantos matrimonios y familias que viven sosteniendo su amor y fidelidad en la fuerza de Jesús. Nuestras familias son un tesoro que Dios nos encarga cuidar y vitalizar. Agradezco a todos los cristianos que viviendo sus compromisos bautismales son testigos en sus ambientes de trabajo de Jesucristo resucitado y llamados individualmente, pero también a ser parte de un grupo más grande: La Iglesia.

Sé que juntos nos ocuparemos de los que sufren, en las cárceles y hospitales, de los que están cesantes o en trabajos indignamente remunerados. Por los emigrantes, estudiantes, por quienes no se les da una formación y educación valórica, humana y cristiana.

De un modo especial, atenderemos y serviremos a los que sufren el atropello a su dignidad de persona, resultado de los abusos y delitos absolutamente injustificables y absolutamente intolerables por parte de clérigos. No bastan retoques de maquillaje, necesitamos reformas y cambios profundos, cambios que parten del corazón de cada uno de nosotros que tiene que buscar la verdad y la justicia para ser cada día más misericordioso. Los cuidados y el respeto que nos damos los unos a otros harán que podamos florecer y dar frutos. El maltrato y el abuso siempre lesionan, disminuyen la vitalidad e impiden que las personas florezcan y den frutos tal como Jesús quiere. Mi Padre recibe gloria cuando ustedes dan fruto abundante, yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia.

Que Jesucristo nos conceda la capacidad de discernir, la Tierra Prometida está delante y no atrás, una promesa de ayer, pero para mañana. Para avanzar pedimos a Dios que nos dé la valentía de llamar a las cosas por su nombre, la valentía de pedir perdón y la capacidad de aprender a escuchar lo que él nos está diciendo. Que nos conceda la sabiduría para no tomar a los que se nos oponen como enemigos, sino a aceptar con serenidad las críticas y contradicciones. El Apóstol nos ha recordado que muchos fueron los elegidos, pero no todos fueron fieles, algunos pecaron y nosotros nos hemos identificado con el pecador que reconoce la misericordia de Dios en la historia del Pueblo de Dios y en su historia personal. El Señor es misericordioso y compasivo, que nos mantiene a nosotros como apóstoles; fuimos tratados con misericordia, de ahí la invitación a no esconder nuestras propias llagas, a no ser autorreferenciales, ni juzgarnos superiores. El Espíritu Santo y

la Virgen María nos ayudarán a encontrar en nuestras heridas, en nuestras llagas los signos de la resurrección de Cristo.

Al final la pregunta de Jesús es clara ¿Tú me amas? Y es ahora y ya cuando cada uno debemos responder no sólo con nuestras palabras, sino con nuestras obras. No esperemos un mundo ideal, una comunidad ideal, un discípulo ideal, un pastor ideal para vivir o para evangelizar. Jesucristo siempre puede renovar nuestra vida y nuestra comunidad, a él le pedimos que tenga misericordia de nosotros, que ponga a nuestro lado a personas misericordiosas, que haga de nosotros personas misericordiosas que van dando frutos y obras de misericordia, imitando a san Francisco de Asís, repetiremos una y otra vez la oración:

“Oh Señor hazme un instrumento de tu paz
Donde hay odio que lleve yo el amor
Donde haya ofensa, que lleve yo el perdón
Donde haya discordia, que lleve yo la unión
Donde haya duda, que lleve yo la fe
Donde haya error, que lleve yo la verdad
Donde haya desesperación, que lleve yo la alegría
Donde haya tinieblas que lleve yo la luz
Oh maestro hacer que yo no busque tanto ser consolado, sino consolar
Ser comprendido, sino comprender
Ser amado, como amar
Porque es dando que se recibe
Perdonando que se es perdonado
Muriendo que se resucita a la vida eterna”.

+ Monseñor Celestino Aós O.F.M. Cap.
Administrador Apostólico
Arzobispado de Santiago